



Mary», donde el amor libre se ofrecía desnudo de todo prejuicio, o «En el calor de la noche», donde el problema de la integración racial aparecía expuesto en su crudo realismo... Las películas americanas empezaron a proveer de modernidad. Cualquier cosa menos dejarse morir. «Cambiamos algo para que todo siga igual».

Los esquemas son siempre demasiado simples y poco reales. Y, por supuesto, no cubren todas las posibilidades. La aparición de terminados nuevos «autores» en el cine norteamericano no puede estar siempre entendida como consecuencia inmediata del nuevo planteamiento industrial de Hollywood. Aunque no puede negarse la evidencia de que esos planteamientos condicionan una apertura que realizadores independientes, pero integrados, aprovechan para hacer sus películas. Películas que, en general, no se diferencian excesivamente de las realizadas por los productores todopoderosos.

De Francis Ford Coppola conocíamos en España «Ya eres un gran chico» y «El valle del arco iris». Ahora nos llega su cuarta película (desconocemos la primera), que fue premiada en el Festival de San Sebastián de 1969 con la Concha de Oro. Ford Coppola es lo que suele llamarse un cineasta digno, amable y eficiente. Su carrera anterior como guionista y la impecable puesta en escena de sus películas le hacen acreedor de comentarios favorables.

Si sus obras anteriores eran comedias divertidas, realizadas con un cierto afán desmitificador, «Gente de lluvia» (traducida en España como «Llueve sobre mi corazón») es ya un punto más ambicioso en la carrera de Ford Coppola. Película con personajes desarraigados, marginados, que quieren servir de catalizadores de la sociedad en que viven, que pueden ofrecer una panorámica sobre una realidad ignorada pero de-

finitiva al analizar un país.

De la misma manera que las películas «modernas» de los «producers» de Hollywood no superan la epidermis de los problemas tratados, Ford Coppola tampoco ha desmentido con «Gente de lluvia» su bien ganada fama de director amable, sensible y occurrente. En su película se dan cita la buena intención, el tópico, el melodrama, el truco y el efecto, la moral, la superficialidad, el esplendor.

Los personajes de Ford Coppola son excepcionales, incapaces de dar fe de ninguna realidad ambiental (el retrasado mental a consecuencia de un accidente; el policía que piensa en su mujer que murió también en un accidente; la esposa aterrada ante la idea de tener un hijo porque ello supone la total integración a una forma de vida que, junto a su marido, no le parece apetecible...). La reunión de estos personajes,

su paseo por el país (evidente intención de panoramizarlo), no conduce en la obra de Coppola al descubrimiento de ninguna explicación. El melodrama que narra se acaba en sí mismo, y cuando el conflicto planteado puede adquirir caracteres de tragedia, siendo hasta posible que la señora casada se acueste realmente con otro hombre, el ingenioso director de «Llueve sobre mi corazón» se las arregla para que todo acabe so-

SOCIEDAD REPRESIVA O PERMISIVA

PARIS.—En una sociedad condicionada por la publicidad no puede haber censura a medias. La censura, como la represión, deben ser totales; en caso contrario es más eficaz suprimirlas.

Esto es lo que parecen haber comprendido el nuevo ministro de la Cultura, Jacques Duhamel, y el director de la Cinematografía, André Astoux. Lo primero que ha hecho Duhamel al sentarse en el sillón de André Malraux fue autorizar dos películas paralizadas por los censores: «El escuadrón Volapuk», sátira benigna del militarismo y del nacionalismo —ninguna comparación con la virulencia de «M. A. S. H.» o «Catch 22», por ejemplo—, y «Días tranquilos en Clichy», basada en la novela de Henry Miller, aunque a esta última se le dieron bastantes cortes. Por su parte, Astoux acaba de prometer una nueva reglamentación de la Comisión de control (léase censura), en fecha próxima.

Sin remontarnos al célebre «affaire» de «La religiosa», muchos son los films de mayor o menor calidad «lanzados» gracias a sus problemas con la censura: «Slogan», «Elise ou la vraie vie», «Gotto, isla de amor», «Un Condé», «Bloody mamma», «Eldrige Cleaver», «Días tranquilos en Clichy». La orientación general del nuevo proyecto de André Astoux consiste en no prohibir las películas que no se quiere que se vean. Está demostrado, en efecto, que cuando los jóvenes leen: «No apta para menores de dieciocho a dieciséis años», se precipitan a la sala atraídos por lo prohibido y lo misterioso. La semana pasada, un representante de los productores franceses declaraba friamente por una emisora francesa que el mejor regalo que podía hacerle la censura era limitar la edad de sus futuros espectadores.

La censura y la represión, si no son totales, valoran en definitiva —y a veces supervaloran— los objetos censurados o reprimidos. Cine, prensa, libros, canciones; el principio es válido en todos los terrenos. «La Causa del Pueblo», órgano de los maoístas franceses, fue recogida sistemáticamente desde hace meses. Al cabo de una campaña en su defensa (Jean-Paul Sartre

tomó su dirección), Chaban Delmas cedió a las presiones e hizo ceder al ministro del Interior, Marcellin. Resultado: «La Cause du Peuple», que tiraba 10.000 ejemplares hace un año y era conocido en los círculos maoístas solamente, tira ahora 100.000 ejemplares y se conoce en toda Francia. Caso semejante sucedió con «Hara-kiri», brutalmente suprimido por el ministro del Interior: «Charlie-Hebdo», que lo reemplaza con los mismos colaboradores, el mismo espíritu —si no más violento—, ha doblado la tirada. En literatura tenemos los casos de «Historia d'O», «Helene», «Eden, Eden, Eden». Por no cansar con citas, mencionemos únicamente —en el dominio de la canción— la célebre «Je t'aime, moi non plus», de Serge Gainsbourg y Jane Birkin, célebre después de la famosa condena del «Osservatore Romano»...

Duhamel y Astoux han podido tomar ejemplo de Dinamarca, donde se pasó de la sociedad «represiva» a la sociedad «permissiva». Desde entonces —fue en 1969—, en los quioscos y librerías danesas se produjo un fenómeno contrario al que ocurre en el resto del planeta: las publicaciones pornográficas pierden terreno. Después de haber inundado el mercado, efectúan una retirada espectacular, y ahora las observaciones confirman las previsiones de los expertos que —por encargo de las autoridades— habían estudiado el problema.

En la conclusión del informe, el comité, formado por médicos y psiquiatras, declaraba que la venta libre y la proyección de esta clase de libros o películas perderían pronto interés y clientela, lo que tenían hasta ahora por ser objetos prohibidos y clandestinos. Los adultos de vida sexual equilibrada —prevalecen los expertos— comprenderían pronto que esta literatura es aburrida y de mal gusto; los desequilibrados encontrarían en ella un derivativo o una cierta satisfacción a sus pulsiones.

A casi dos años vista, la policía no se queja del resultado. El número de crímenes sexuales en Dinamarca disminuyó. Para los educadores y las auto-



«CRAN D'ARRET», de Yves Boisset.

ridades eclesiásticas, el problema no existe: está resuelto.

Las grandes víctimas de la abolición de la censura son los promotores de la industria pornográfica danesa. Esta industria, en plena expansión hace dos años, sufrió un duro y doble golpe. En primer lugar porque, al entretener los primeros síntomas de la liberalización, se lanzó a la superproducción, creando una saturación en un mercado que —una vez explotadas todas las audacias— se renueva muy difícilmente. Solamente los grandes artistas podrían renovar el tema, pero lo harían pasar a otro terreno mucho más sutil: el erotismo. La segunda causa de esta bancarrota fue la legalización que suprimió todo el misterio y el aspecto aventurero ligado a la compra de literatura o visión de películas antes prohibidas. Las ventas han bajado entre un 60 y 80 por 100, a pesar de los «saldos» efectuados para animar a los clientes. Pero queda aún un gran campo de explotación a los industriales daneses. Se vuelven ahora hacia el extranjero —donde impera la censura—, intensificando la venta por correspondencia de sus productos «enviados discretamente» y a precios muy elevados. Según las proyecciones comerciales, este negocio durará muchos años...

¿Sociedad represiva o permisiva? Las necesidades de la «nueva sociedad» chabaldemesiana la orientarían hacia la segunda. Pero los ultras de Tomasini no están de acuerdo. ■ RAMON LUIS CHAO.